POR FAVOR, MÍRAME A LA CARA

Giorgio Cattano

Asociación cientifico cultiural Cisco de Picón
2025 Sexto Concurso de Relatos Breves seleccionado entre los 9 finalistas

Esta mañana, antes de ir a la escuela, mi hija me pidió que fuera a recogerla antes. Las dos últimas horas no tendría clase porque faltaba la profesora de ciencias, y así podría estudiar en casa para el examen de matemáticas.

Hizo una pausa. Un silencio demasiado largo. Levanté los ojos y encontré los suyos, fijos en mí.
—Y no se te ocurra venir con esos pantalones viejos subidos hasta la cintura —me dijo, pronunciando cada palabra lentamente—. Vístete como todos los demás.

Al inicio del curso fui a buscarla con mi “estilo de la antigüedad”, como ella lo llama. Dice que la hice pasar vergüenza delante de todos y no me habló durante meses.

La quiero con todo mi corazón. No quiero volver a perderla.
Pero salir a la calle con los pantalones caídos… eso me cuesta digerirlo.

Las modas siempre han ido y venido. Pitillos, pantalones de campana, rotos, brillantes… tendencias que desaparecen y luego regresan.
Pero esta, la de llevarlos caídos hasta los tobillos, se ha quedado.
Me hace pensar en alguien que se olvidó de subirse los pantalones al salir del aseo.

Lo peor es que todos se han adaptado. Jóvenes, adultos, ancianos. Hasta los bebés los llevan.
Para los recién nacidos admito que es práctico: se cambia el pañal más rápido. Y quizá también a los mayores les convenga: con los pantalones caídos todos caminan más despacio y nadie se queda atrás.

He discutido muchas veces con mi hija, sin resultados. Antes era yo quien le decía que no podía salir vestida de cierta manera. Ahora es ella quien me pone

condiciones.
Y yo lo intenté. Cuando me dejó de hablar, cuando mis cariños y atenciones quedaban sin respuesta, decidí hacer el esfuerzo. Una y otra vez me puse los pantalones dejándolos en los tobillos.

Iba hasta el espejo a saltitos, por la falta de práctica. Trataba de moverme como los demás y me observaba. Aguantaba unos segundos sin reírme, mordiéndome las mejillas.
Pero luego, inevitable, estallaba en carcajadas al verme tan ridículo.

Le confesé a mi hija mi vergüenza. Ella, con tono moralizante, me dijo:
—Papá, nos da vergüenza cuando somos diferentes. La mejor manera de no sentir incomodidad es ser como todos los demás.

Estaba muy convencida de sus palabras. Yo seguía perplejo.
—No tienes idea de cómo me siento cuando se burlan de mí —continuó más suave—. Me preguntan si mi padre es así de retrógrado también de cabeza, y hacen ruidos de monos.

La profesora de sociales, que me tiene cariño, me preguntó si quería denunciar por bullying, pero eso llamaría aún más la atención. Escribirían un artículo en el periódico con una foto tuya con esos pantalones de otros tiempos, y subir así las ventas. No me atrevería a salir nunca más de casa.
—Por favor, papá, ¡empieza a vestirte como todos los demás!

Había vuelto a hablarme. ¡Y yo era feliz!
Es cierto: ya soy el único que lleva los pantalones subidos. En la calle la gente me mira raro. Algunos se ríen, la mayoría me observa con cara de asombro, como si fuera un loco peligroso.

Incluso un grupo de jóvenes me lanza verduras pasadas desde las ventanas. Han descubierto mi rutina con Bull, nuestro perro. He tenido que abandonar mis costumbres. Ahora salgo a horas siempre distintas.

Bull, acostumbrado a los horarios regulares, está en constante alerta. Cada vez que paso cerca, se levanta y me mira, como preguntándome: “¿Ya es hora del paseo?”.
Y yo, para no agitarlo, camino de puntillas.

En realidad, trato de salir cuando hay poca gente, a la hora de las comidas, para evitar tantas miradas. Incluso he empezado a pedir la compra por internet.
La verdad es que ya ni ganas tengo de salir. Y a mí me gustaba tanto: dejarme sorprender por un encuentro casual, charlar con un desconocido, escuchar un chisme del barrio.

Todo eso terminó. Esta moda me ha arruinado la vida, y Bull ha perdido su tranquilidad.
Debo rendirme. Bajarme los pantalones. Vestirme como todos los demás.

Le pregunté a mi hija si no podía ir directamente sin pantalones, ya que con ellos caídos se ven igual las piernas.
—¡Ni se te ocurra! —me gritó—. No puedes ir desnudo, te arrestaría la policía. Y además, qué mal gusto ver las piernas peludas saliendo directamente de los calcetines.

Hay cosas que no entiendo. ¿Será que me estoy volviendo viejo?

Finalmente me compré una camisa larga. Ella me explicó que hay que usar camisas así, para que no se vean los calzoncillos. También me dijo que tenía que comprar los pantalones: ahora los hacen elásticos, más cómodos para llevarlos abajo. Pero tengo ya muchos pantalones, no voy a tirar dinero para otros. Me puse la camisa, uno de mis pantalones bajados a los tobillos, después calcetines y zapatos. Fui hasta el espejo. Y, otra vez, me eché a reír.

Me pregunté si no era solo una pesadilla, una absurda creación de mi mente.
Me fui al balcón y miré hacia la plaza. Hasta donde alcanzaba la vista: todos con los pantalones caídos. Jóvenes, ancianos, extranjeros… Incluso un cura, con su alzacuello blanco y sotana corta, tenía pantalones negros recogidos en los tobillos. Y

se movía bien: sus pies daban pasitos bien coordinados. Como todos: ni demasiado largos, impedidos por los pantalones, ni demasiado cortos, para que no se cayeran más.

Mi hija me explicó detalladamente cómo moverse. El año pasado incluso me mostró en TikTok un desfile en París con la nueva línea de Giorgio Armani. Me detallaba feliz los movimientos, cuándo girar, cuándo detenerse, exaltando la elegancia de cada modelo.

Y ahora observo a esta multitud desplazarse. Con pasos tan cortos que ni casi mueven los brazos. Parecen deslizarse, como bailarinas en puntas. O como ese juego que me gustaba tanto de niño, donde moviendo un imán escondido bajo un cartón los personajes arriba se desplazaban por su cuenta, así parecía.

Hace dos años decía que era una moda tan tonta que no duraría dos semanas.
Hoy ya no es una moda: es el uniforme de la humanidad del siglo XXI.

Insistir en ser diferente no me está haciendo bien. He decidido: hoy iré a recoger a mi hija vestido como se debe.

Me pongo frente al espejo. No debo reír, debo hacerlo bien. Con la camisa larga cubriendo mis calzoncillos.
Me noto un toque elegante. Además, como hago deporte, tengo las piernas tonificadas. Admiro mis muslos. No estoy nada mal. Y empiezo a imaginarme a las mujeres mirándome. A ver si por fin logro conquistar a la chica de mi vida… Me estoy distrayendo. Paro mis fantasías y vuelvo a mi misión. Tengo que practicar.

Arriba y abajo por el pasillo. Pasitos rápidos y cortos. Me cuesta. Sudo. Pero mejoro. Al espejo me miro satisfecho. Las risas han dado paso a miradas complacidas.

Ya es la hora. Me peino, me pongo perfume. Quiero impresionar a mi hija. Que me vea guapo, elegante y esté orgullosa de su papá.

En el umbral a la calle, sin abrir mucho la puerta, espío afuera. Es cierto: todos siguen con los pantalones caídos. Me dirijo a la escuela, con pasitos cortos. De

verdad, no estoy nada mal.

Miro disimuladamente alrededor, observo a los demás y me doy cuenta de que no todos son expertos. Hay quien da pasos demasiado cortos, quien se estira la camisa abajo, tal vez tiene los calzoncillos sucios. Otro se para mirando el móvil, pero lo veo que es para recuperar el ritmo. Y aquel… se nota a kilómetros que no tiene práctica, seguro que en casa, detrás de las persianas, los lleva subidos. Yo, en cambio, me muevo bien. ¡Qué satisfacción!

He llegado al instituto. Toco el timbre, la puerta se abre. Reanudo mis pasitos. Miro bien dónde pongo los pies, no quiero tropezar en el primer escalón. Miro también el segundo. Y el tercero. Pero no puedo seguir mirando abajo, no es elegante. Así levanto la cabeza.

Y la veo, a mi hija. Levanto instintivamente el brazo, sonrío feliz.
—¿Ves? Lo logré —dice mi cara radiante. Ella intenta no sonreír, pero veo cómo brillan sus ojos. Quiero abrazarla, sé que no puedo en público. Igual acelero, arrastrado por el instinto hacia ella.

Algo sale mal. He perdido el ritmo, piso el borde del pantalón, pierdo el control. Mis manos no son lo bastante rápidas y mi cara golpea contra el filo del último escalón. Ruido de huesos, un dolor atroz en la boca, una descarga eléctrica dentro de la cabeza.
Me pregunto si he perdido el conocimiento.

Junto las manos para incorporarme. Al doblar el cuello noto algo en la boca. Un trozo duro. Dos, tres. Paso la lengua y encuentro un hueco. Me faltan los incisivos superiores. Mantengo los ojos cerrados, como si así pudiera mantener el dolor afuera de mí.

Oigo voces. Risitas. Alguien dice: —Ese ni siquiera sabe caminar.
Y carcajadas resuenan en la amplia entrada.

Yo permanezco inmóvil, escondido en la oscuridad tras mis párpados.

Una mano en mi hombro. —Papá —es mi hija, en voz baja—. Papá, ¿estás bien?

Me levanto lentamente. Sabor dulce-amargo de sangre en la boca. Me la tapo para que no me vea.
Bajamos juntos las escaleras, en silencio. Detrás, las risas.

No tengo dinero para arreglarme los dientes. Mis ahorros me los robaron mis cuñadas.
Ahora también me he quedado sin incisivos. Cuando hablo se nota de inmediato.

En el espejo veo un viejo desdentado. Pero en la calle… los ojos de la gente no se sorprenden de mis dientes. No me miran en la cara. De mi boca y de lo que digo no les importa nada. Sus miradas se quedan abajo, hostigosas: les molesta terriblemente no verme los pantalones a los tobillos.